La pintora del río Darro
The painter of the Darro river

El encuentro, the meeting
El sueño, the dream

EL ENCUENTRO, the meeting

Era invierno, caía la tarde, hacía fresco, por la calle Carrera del Darro, los turistas iban y venían y arriba, a la derecha sobre la colina, la Alhambra en su quietud de piedra. Caminaba lento, solo, como perdido entre los que iban y venían y miraba despacio. Se asomó al muro y vio la clara corriente del río donde unos patos silvestres buscaban alimento. Le gustó la escena y pensó que también era bello y además curioso, que en este invierno, aquí en el río que atraviesa la ciudad de Granada, de vez en cuando aparecieran patos silvestres. Iba como en su sueño y, también como tantas otras tardes, buscaba algo. Observaba las caras de las personas, el horizonte y soñaba.

Miró al frente y sobre el muro del río a la altura de la Iglesia de Santa Ana a su derecha, vio el pequeño cuadro. Del tamaño de un folio, apoyado sobre una caja de madera y frente al primer puente del río, el conocido con el nombre de Cabrera. Bajo este puente se movían y de vez en cuando nadaban un par de ocas domésticas. Apoyada en el muro del río, en su mano izquierda sostenía una paleta llena de colores. En su mano derecha sujetaba un delgado pincel que, a intervalos, mojaba en algunos de los colores de la paleta y después lo extendía en el pequeño cuadro que pintaba.

Antes de llegar, todavía como a unos diez metros, la vio. No la conocía de nada. Y de alguna manera se sorprendió porque era la primera vez que por aquí aparecía. Ya solo a unos metros, se quedó parado. A sus espaldas y sin llamar la atención ni pronunciar palabra. Miró durante unos segundos el cuadro que pintaba y luego se acercó. Directamente le dijo:
- Es muy bonito el cuadro que estás pintando.
Sorprendida, volvió su cabeza, lo observó durante unos segundos y luego le preguntó:
- ¿Te gusta?
- Me gusta mucho. ¿De dónde eres y para qué o quién pintas?
- Soy de Letonia y pinto para llevarme un recuerdo de esta ciudad. Estoy por aquí de paso, de turismo. Me marcho dentro de unos días.
- ¡Qué hermoso y a la vez qué pena!

Sorprendida ella lo miró y no pronunció palabra. Sí él deseó seguir hablando, preguntarle cosas, compartir un rato, el momento y el escenario. Pero no lo hizo por miedo a importunarla. Era la primera vez que la veía y no la conocía de nada. La despidió y siguió caminando por la calle que va al borde de las aguas. Soñó volverla a ver por aquí quizá al día siguiente, al otro o al otro. Sentía que iba a gustarle encontrarla de nuevo. Esto le animaba y al día siguiente al caer la tarde, cuando por el lugar se acercaba, miraba lleno de ilusión. No estaba pintando donde sí la tarde anterior. Tampoco la vio por aquí al día siguiente ni al otro ni durante una semana ni tres ni cuatro ni en los días que fueron corriendo. Ni siquiera sabía ahora ya si todavía seguía por Granada o se había marchado.

Pero, quizás porque seguía recordando su cara y el color de las pinturas en el pequeño cuadro con la corriente del río en el centro, una noche tuvo un sueño. La vio junto a las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra, por donde una tarde ya muy lejana, la encontró pintando su pequeño cuadro. Y escribió este sueño al día siguiente en su cuaderno narrándolo de la siguiente manera:

EL SUEÑO, the dream

"Esta noche no he podido dormir bien porque en estos días se celebran fiestas por aquí. Como todos los años, han montado un buen tinglado y lo que más jaleo mete es el conjunto musical. Se oye por todo el entorno. Pero esta noche, al fin me he quedado dormido y he tenido un sueño.

Me encuentro por donde el río pequeño justo a los pies de la Alhambra. Donde las orillas son praderas de hierba espesa y fina y donde las aguas se remansan en charcos dulces y cristalinos. Estoy conmigo y me gusto por el paisaje que me rodea cuando veo que por la calle avanza la hermana pintora de la vida, sueños y colores. Se viene a mi lado y se pone a pintar y a jugar con la hierba cerca de las aguas. Me pide que juegue con ella para hacer más hermoso el momento y le digo que no puedo.
- ¿Por qué no puedes?

Me pregunta.
- Es que el río corre color chocolate y por eso las aguas no son limpias.
La hermana pintora, la que es y siempre será mariposa espiritual que sólo regala dulzura y gozo al corazón por donde los silencios de la Alhambra, me pregunta:
- ¿Quién te ha dicho a ti que las aguas del río no son claras?
- Las he visto con mis propios ojos.
- Pues tus ojos no ven bien.
- ¿Por qué no ven bien mis ojos?
- Porque las aguas del río hoy son tan limpias como siempre.
- Que no son limpias porque yo las he visto hace poco y pasaban turbias como nunca.
- ¿Qué río ha sido el que has visto tú?
- Nuestro río de siempre. El que tú pintabas aquella tarde.
- Pues te repito que te has equivocado.

Y entonces me acerco a ella y la cojo de la mano.
- ¿Por qué me dices eso?
- Es que el río nuestro yo lo estoy viendo ahora mismo y lo encuentro tan limpio o más que aquel día.
- ¿Cómo puede ser?
- Mira para aquella curva.
Le hago caso y miro para la curva de los fresnos y las algas verdes y lo que veo me asombra. Las aguas del río corren tan limpias o más que nunca y hasta llevan nenúfares en sus olas y algas más grandes y verdes que otros días. Pero algo me inquieta. En los redondos charcos donde el río se remansa, hay patos y nadan las truchas, las aguas están muy tranquilas y sobre su superficie no son nenúfares los que nadan sino grandes rosas de nieve blanca. Por eso le pregunto a la hermana que me da compañía y sin que ella lo sepa, también me regala dulce placer. Como si me quisiera decir que ella es la dicha y no la vida que tengo ahora bajo el sol del Planeta Tierra.
- ¿No puede ser?
- ¿El qué no puede ser?
- Las aguas del río estaban turbias y ahora corren claras y con flores inmaculadas sobre sus olas. Pero no puede ser porque si las flores han nacido y llenan con su perfume el aire de estas riberas es porque la primavera ha llegado. Pero sigo diciendo que no puede ser porque si ha llegado la primavera ¿Cómo estoy viendo la nieve dormida sobre las limpias aguas del río que hace poco he visto turbio?

La hermana me mira y me repite que tampoco es invierno y por eso no puede haber nieve.
- El río esta tarde sólo lleva aguas limpias y eso sí, en su ribera crece espesa la hierba verde, cantan ruiseñores y croan las ranas.
- ¿Y la nieve que estoy viendo?
- Serán los reflejos del sol que entran por entre las ramas del árbol que en mi cuadro pinté aquella tarde.
- El sol no es.
- Pues entonces será que en tu corazón ocurre algo raro.
Y caigo en la cuenta de que sí. En mi corazón hoy y desde aquella tarde, ocurre algo raro y por eso la veo a ella cuando no debiera verla porque hace mucho tiempo que tampoco está y ni siquiera están ya las riberas de este río ni algunas casas entre los majuelos ni las flores ni la hierba.
- Pero entonces ¿qué me pasa?
Ella me aprieta en su mano y al sentir el calor de sus finas carnes con la belleza y el aroma de aquellos momentos, hasta tengo ganas de llorar. Quiero llorar, necesito llorar y más necesito aún volar al cielo que en mi alma sueño. Porque en mi corazón me digo que ella sí está aunque sé que se ha ido y para siempre. Y como en aquellos momentos, sigue siendo puerta hacia ese temblor de amor que, en forma de sueño, me tiene trascendido hacia un mundo que no es este mundo. Ella, la hermana de los colores y la luz y con sabor a primavera limpia, es lo único que ahora y en este sueño mío, me hace sentir la vida nueva, el gozo y descanso eterno. La presencia de Dios, el cielo que no se parece a la vida de la tierra ni por asomo.

Las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra y que son los escenarios donde jugaba la hermana con los colores y la luz, no corren color chocolate. Son cristalinas como el aire más puro y huelen a primavera. Pero ella, la hermana de los colores y ojos llenos de infinitos, hoy ya no está. Por eso quiero llorar y por eso en mi alma se refleja un mundo que no es el que necesito y sueño, sueño, sueño. Quiero irme con las aguas de este río para abrazarme al descanso y a la paz que tanto necesito”.